

monjes iluminaron el mundo después de las irrupciones bárbaras.

Basta ya. Tengo en casa un precioso cuadrito pintado al óleo, no mayor que esta página de la REVISTA. Representa á San Cristóbal, según el tradicional modelo. Era de mis antepasados más remotos; el General Ortega le tuvo siempre consigo; hoy está la linda pintura á la cabecera del lecho de mi madre. La quiero de corazón, más que por su mérito artístico, más que como recuerdo de familia, por ser imagen de un santo muy amado; y siempre que la veo, encomiendo al original que está en el cielo, todos mis hermanos de la tierra, y le pido que nos alcance á Cristo, y le haga reinar en nuestras almas. *Adveniat regnum Dei.*

R. M. C.

Monografías históricas

LOS PRIMEROS CONQUISTADORES DE LOS INDIOS PIJAOS

I

Sebastián de Belalcázar fue el primer español que atravesó las tierras de los pijaos, en 1539, cuando, en busca del fabuloso Dorado, iba desde Quito hasta la sabana de Bogotá, y se encontró allí con Quesada y Federmann.

Belalcázar apenas pasó rozándose con aquellas tribus, pero quien después las reconoció y procuró domarlas fue *Hernán Venegas Carrillo*. Una vez que este conquistador atravesó el río Magdalena, después de haber vencido á los Panches y á los Pantágoras, llegó á las llanuras del hoy departamento del Tolima, pasó al ~~amenísimo~~ ^{amenísimo} sitio que ocupaba el cacique Ibagué, en las primeras faldas de la cordillera central, y combatió con él. Después de una victoriosa campaña, durante la cual Venegas fundó á su regreso la ciu-

dad de Tocaima (el 6 de Abril de 1544) (1), vino á Santafé trayendo ricas muestras del oro que beneficiaban los indígenas de Ibagué en las minas que se encontraban en sus territorios.

A pesar de que por el momento no fue posible mandar otra expedición á aquel lugar, esa noticia no se echó en olvido, y años después (1550) el oidor *López de Galarza* envió á un sobrino suyo de su mismo nombre á poblar el valle de las Lanzas, como llamaban el de Ibagué, porque sus habitantes se defendieron con unas muy largas que usaban con preferencia á arcos y flechas, y con las cuales hacían muchas muertes entre los que les atacaban.

Habiendo atravesado el río Magdalena á fines de Septiembre de 1550, salieronle á combatir gran número de indígenas de las llanuras en donde hoy se encuentran las poblaciones del Espinal y el Guamo, y continuando su derrota, sin vacilar se dirigió al valle de las Lanzas, combatiendo sin cesar con escuadrones de valientes indígenas, á quienes dispersaba y hacía huir hasta llegar á una mesa de suave y agradable clima, cuya tierra parecía fértil y bella, regada por parleros arroyos y sombrêada por altos árboles frondosos.

Echando pie á tierra Galarza tomó posesión de la sierra en nombre de Don Carlos I, rey de España y Vº Emperador de Alemania, dándole por nombre *Ibagué*, como el cacique que imperaba por esas partes (2).

Esta fundación tuvo lugar el 14 de Octubre del año apuntado arriba. Sin embargo, andando el tiempo se advirtió que el sitio no era cómodo y se mudó al que hoy ocupa, en 7 de Febrero de 1551. Hállase esta población en

(1) El sitio había sido tan mal escogido, que pocos años después aquella ciudad, que empezaba á prosperar, quedó arruinada por una inundación del río Bogotá y fue preciso mudarla á otro lugar.

(2) Véase *Fr. Pedro Simón*, 6.ª Noticia historial, Cap. XXXVII. *Piedrahita*. Parte 1.ª, Lib. XI, Cap. VI. *J. Acosta*. Cap. XVIII.

amenísimo lugar, entre los ríos Chipalo y Combeima, cuyas aguas en ese tiempo acarreaban oro, pero que hoy no hacen gala sino de puras y abundantes corrientes (1).

Las tribus de los contornos de Ibagué hacían cruda guerra á los españoles pobladores, lo cual trató de obviar un Capitán llamado *Gerardo Gil de Estupiñán*, quien resolvió salir á combatirlos con 150 valientes soldados. Se ignoraba que los pijaos eran numerosísimos y que ellos se preparaban para hacer crudísima guerra á los invasores blancos, con el objeto de devorar sus cuerpos y beber su sangre.

Estupiñán salió maltrecho de una empresa más arriesgada de lo que él creía.

Cuarenta y nueve españoles perdieron allí la vida, y los pijaos se regocijaron después, celebrando torpes banquetes y antropófagas borracheras, en lo cual hacían el gasto los cadáveres de los sacrificados españoles.

Durante cinco ó seis años los colonos se contentaron con defenderse y defender sus propiedades de los ataques que los indios hacían en sus estancias y en los hatos que habían fundado en las fértiles faldas de la cordillera central, tanto del lado de la hoya del Magdalena como de la del Cauca.

En 1556 vivía en Guadalajara de Buga (2) un español de muchos bríos y algún capital, el cual parece que era yerno de Belalcázar y se llamaba *Francisco Trejo*. Como tuviese mucha experiencia en las guerras con los indige-

(1) El oro que en los ríos y en los lugares en donde los indios lo recogían entonces era corrido ó de aluvión, por consiguiente se agotó en breve.

(2) No hemos podido averiguar la fecha de la fundación de esta cuna de la actual ciudad de Buga, pero sabemos que ya existía en 1556, y estaba situada en el Valle de Chinche, al pie del cerro de Pandezúcar y regada por un río llamado también Chinche. Después trasladaron la población al sitio que hoy ocupa, en donde el Gobernador de Popayán, Don Alvaro de Mendoza, le dio los privilegios de ciudad el 4 de Marzo de 1570.

nas, resolvió probar su suerte con los que se consideraban más valientes é indómitos, como eran los pijaos, que solían hacer muchos daños en las estancias de los pobladores de Buga. Pidió y obtuvo licencia de la audiencia de Santafé de Bogotá (eran aquellos los tiempos en que imperaba en el Nuevo Reino de Granada el cruel visitador Montaña) para recorrer toda la cordillera central y poblar en los lugares que él considerase convenientes para el caso.

Obtenido el permiso y enganchados cerca de cien soldados españoles, emprendió marcha hacia las sierras, en donde después se asentó la villa del Chaparral, y en esa mesa estableció su real mientras que pasaba la estación de las lluvias.

Parecióle aquel lugar, de clima deleitoso y suave, muy adecuado para su objeto, tanto más cuanto que hasta entonces no había encontrado indios ningunos que trataran de impedirle la entrada á sus territorios, en donde era fama que abundaba el oro.

Detúvose allí Trejo, y mientras que labraba una fortaleza mandó una expedición á reconocer las tierras vecinas. Desgraciadamente la encomendó á un estúpido y orgulloso joven llamado *Francisco de los Barrios*, el cual se daba grandes ínfulas porque era sobrino del Ilustrísimo Señor Juan de los Barrios, nombrado después Arzobispo de Santafé.

A poco andar el capitán Barrios, con los treinta soldados españoles que comandaba, y yendo por las orillas del río Amoyá, vio que se dirigía á él un grupo de indígenas desarmados, que daban señales de paz. Barrios mandó que hicieran alto hasta que llegaron los ocho indios, mandando á los intérpretes que llevaba consigo, que les preguntasen qué querían de él. Respondieron que iban de parte de su cacique *Matoro* á suplicar á los cristianos que les ofreciesen no hacer mal ninguno á sus súbditos, y si así lo prometía Barrios, él saldría en persona á ratificar las paces, y en prueba de su buena voluntad enviaba al capitán blanco

un pequeño presente, el cual pusieron humildemente á los pies de los castellanos.

Era éste nada menos que un montón de adornos de oro, *chagualas* (narigueras), gargantillas, brazaletes y planchuelas, las cuales consideraron los compañeros de Barrios que no pesarían menos de mil pesos de oro, y tras de ellos se les iban los ojos.

Pero el caudillo de los españoles (dice Fray P. Simón) (1), "con sobrada arrogancia y presunción de que temblaba la tierra, pensaba, que le temerían más haciendo una demostración, de desprecio: dio pues un puntapié al oro, y á los indios por respuesta que dijeran á su cacique no haberle llevado allí codicia de oro, pues no hacía caso de él, sino de conquistar y sujetar la tierra por bien ó por mal, por lo cual aguardaría allí á su cacique tres días, después de los cuales, si no venía, entraría talando y destruyendo su tierra á fuego y sangre."

Huyeron los mensajeros indígenas espantados con tan arrogante conducta, tan impolítica como fué de propósito. Entre tanto Barrios y sus compañeros se aposentaron en una choza vacía que encontraron cerca, y con una confianza digna de su anterior imprudencia y tontísimo desprecio hacia los indios, el orgulloso joven se entregó al sueño con todos sus compañeros.

Regresaron á la aldea de Matoro los mensajeros llevando el despreciado obsequio, y dándole parte de las orgullosas amenazas del español. El indio se enfureció al tener noticia de la poca cortesía del blanco, y juró vengarse antes de que le atacaran los invasores. Reunió los guerreros de su tribu y se puso en marcha hacia el campamento de Barrios, al cual llegó al promediar la noche.

El cacique rodeó en silencio la choza dentro de la cual dormían á pierna suelta los invasores, y con las primeras claridades del día (como acostumbran siempre atacar los

(1) Véase 7.^a Noticia historial, tomo V, página 230.

indios), una turba de guerreros cayó sobre la choza, y antes que aquéllos pudieran defenderse se encontraron unos muertos y otros cautivos en poder de los pijaos, quienes sin duda devoraron gozosos aquella carne blanca á la cual no estaban enseñados.

Un soldado de entre todos logró escaparse y regresar á la mesa del Chaparral á avisar á Trejo en lo que había venido á parar el tonto orgullo del sobrino del Arzobispo.

Preparábase Trejo para ir á vengar á los desdichados soldados de la expedición de Barrios, cuando se vio atacado por una nube de indígenas, lo que le hizo comprender que no tenía suficientes fuerzas para hacerles frente.

Con mil peligros y dificultades Trejo logró salir al fin de aquellas inhospitalarias tierras, pero dejando en manos de Matoro once españoles más, fué de los sacrificados por Barrios, y perdiendo en esa empresa desgraciada su fortuna entera.

II

Durante los siguientes seis años entraron á las tierras de los paeces y los pijaos siete expediciones más, ya por el lado del Cauca ó por el del Magdalena; en ellas perecieron gran número de españoles y multitud de indios amigos que los acompañaban en esas aventuras arriesgadas.

En el año de 1562 uno de los conquistadores de más fama en el Nuevo Reino y segundo fundador de Ibagué, llamado *Domingo Lozano*, pidió autorización para atacar á los indígenas que moraban en las márgenes del río Amoyá y sus contornos. Deseaba particularmente indagar por la suerte de algunos soldados españoles que se decía no habían sido devorados por los indios, sino que permanecían vivos como esclavos de sus apesadores.

Era Lozano respetadísimo por su pujanza y grande experiencia en las guerras contra los indígenas, pues había combatido tanto en Venezuela con Federmán, como des-

pues en la conquista con los panches, paeces y pijaos, y todos pensaban que ninguno podría resistir á su empuje.

A sus expensas aprestó y reunió una lucida tropa de soldados españoles entre los más briosos y valientes de los conquistadores. Llevaban grande acopio de víveres y reposito de armas, y una turba de indígenas mansos y amigos de los europeos, quienes ofrecieron ayudarles en sus ataques á los pijaos, que eran sus enemigos natos, y así emprendió camino hacia las serranías que demoran entre el río Amoyá y el Tetuán, ambos afluentes del caudaloso Saldanña, el cual desemboca á su vez en el Magdalena.

Sin duda en el mismo sitio en que ya varias veces los expedicionarios españoles habían levantado fortificaciones, Lozano se hizo fuerte en un palenque que labró en la mesa del Chaparral.

Concluida esta labor y dejando en aquel punto una numerosa guarnición al mando del Capitán *Alvaro Cobo*, Lozano salió con cuarenta hombres en busca de las tribus indígenas que moraban al pie del Páramo de Barragán, en valles amenos y fértiles.

Sin embargo, durante los primeros días de marcha el Capitán español no encontró nada que le llamase la atención, hasta que habiendo llegado á la cumbre de una colina vio á sus pies una hermosa sementera de maíz, y llegando á ella ocho indios desnudos que parecían enteramente inadvertidos é indefensos. Sin que éstos trataran de impedirlo, tan aterrados parecían con la vista de los españoles, en breve cayeron en las manos de la tropa de Lozano. Pero cuál no sería la sorpresa de ésta cuando uno de los cautivos, el único que llevaba atado á la cintura un jirón de manta, se arrojó al suelo y levantando las manos al cielo dio gracias á Dios en castellano por aquel encuentro?

Era aquel un desdichado español á quien los indígenas habían cautivado en una de las derrotas de una anterior expedición y desde años atrás permanecía preso entre una tribu de pijaos. Había visto perecer uno á uno á sus com-

pañeros de cautiverio, y si él no había corrido la misma suerte, sin duda consistió en que era hombre de más de sesenta años, flaco, macilento, y por lo cual la apariencia de su carne era poco apetecible con aquellas barbas y cabellos blancos y crecidos y su aire melancólico y miserable.

Enternecieronse todos al oír las expresiones de gratitud del infeliz Francisco de Aguilera (que así se llamaba), mientras que Lozano se apresuraba á mandar que le diesen un vestido para que se cubriese.

Acamparon los españoles por la noche en ese mismo lugar, noche que pasaron íntegra oyendo referir los tormentos que había sufrido el rescatado y la manera espantosa y horrible con que el cacique Matoro se había gozado en matar á cuantos españoles caían en su poder.

Enfurecido Lozano con las crueldades de los indios con sus compatriotas, resolvió vengar en los infelices que había cautivado la inhumanidad de su cacique, y desoyendo las prácticas del cristianismo, los mandó ahorcar á todos.

No bien hubo amanecido cuando los españoles, guiados por Aguilera, se dirigieron al caserío de Matoro, que estaba muy cerca, lo rodearon, atacaron los ranchos, mataron á veintisiete indígenas que trataron de defenderse y se llevaron á veintiocho mujeres y niños, entre los cuales estaba la familia del cacique. De éste, sin embargo, no pudieron apoderarse porque estaba ausente, pero en su casa encontraron muchos vestidos, armas y utensilios que habían pertenecido á los españoles que habían caído en poder de los indios y bastantes joyuelas de oro con que éstos se engalanaban en sus fiestas. Asolado el inerme caserío, Lozano resolvió regresar al palenque del Chaparral, y así, cargando á los cautivos con el producto de las labranzas de los indios, en breve se reunió con el capitán Alonso Cobo, el cual celebró aquel pobre triunfo sobre indefensos indígenas como si realmente hubiera sido digno hecho de cristianos.

Inflamada la ambición de Lozano con las noticias que le dio Aguilera de los depósitos de oro que había en aquellas tierras, así como de la facilidad que existía para recoger este metal en las arenas de los ríos, resolvió continuar sus correrías por aquellas montañas.

Estando rancheados en las márgenes del río Aipe, muy descuidados, porque no habían encontrado naturales que les hiciesen resistencia, resultó que una madrugada se vieron asaltados por más de quinientos pijaos. Sin duda hubieran perecido allí todos los expedicionarios si, por fortuna para ellos, no hicieran estragos las armas europeas en los desnudos cuerpos de los naturales. Después de cruento combatir, al fin los indígenas huyeron derrotados, pero en busca de refuerzo para de nuevo atacar á sus enemigos. Lozano lo comprendió así, y en lugar de permanecer en ese lugar dio la vuelta á Ibagué; aunque no se consideraba por cierto vencido, porque su intención era llevar más tropa, familias, ganados, yeguas de cría y cerdos para fundar en el sitio que le pareció más acomodado una población española.

Corría el año de 1563 cuando con su caravana emprendió marcha hacia el país de los paeces, y en las orillas del río de ese nombre levantó un rancherío, al cual puso el nombre de San Vicente de Páez.

Quando los naturales se persuadieron de que los españoles no estaban allí de paso sino que pensaban radicarse en un punto central de su territorio, se propusieron desalojarlos á todo trance. Sin embargo, como sabían que sus enemigos eran fuertes y tenaces, resolvieron hacer uso del disimulo y los subterfugios. Presentáronse en un principio sumisos y humildes á ofrecer su amistad á los españoles, lleváronles alimentos y señaláronles una mina de oro, tan abundante ésta, que Lozano, alborozado, perdió la cabeza, pensó que se iba á hacer millonario en breve tiempo; olvidó que debía tomar precauciones contra los indígenas, los cuales bajaban por partidas de las montañas y exami-

naban sus trabajos ; dividió su tropa, parte de la cual dejó en la incipiente población, ocupada en labrar casas y sembreras, y la otra la llevó consigo á extraer el oro en las arenas del río y á vigilar á los negros esclavos que trabajaban en la mina.

Hacía dos meses que Lozano se ocupaba en esas faenas, muy satisfecho con el resultado de ello, y muy confiado en la amistad que le manifestaban los indígenas de los contornos, cuando un día se le presentó un soldado viejo llamado Alonso de Arce, y en sigilo le dijo que había tenido noticia, por medio de una india de su servidumbre, de que todas las tribus vecinas se preparaban para atacarle. Lozano no le quiso creer, burlándose de los temores de Arce. Este no se descuidó, sino que mientras que Lozano y demás compañeros dormían todas las noches, sin tomar precaución ninguna, él velaba al pie de su caballo, el cual tenía siempre ensillado y preparado para huir si llegaba la ocasión.

Efectivamente, una madrugada, cuando la aurora apuntaba apenas por el Oriente, Arce oyó ligero rumor, se enderezó y se vio completamente rodeado por una turba de indígenas, los cuales se ocupaban en incendiar los ranchos en que descansaban los españoles. El soldado dio entonces una gran voz, y por entre los indígenas trató de dirigirse al rancho de Lozano con intención de defenderle ; pero era tarde, ya los indios lo tenían rodeado ; el caballo de Arce cayó muerto por una nube de flechas, mientras que su amo lograba escaparse á pie y ocultarse en un cercano bosque á donde no lo siguieron los enemigos, que se entretenían en martirizar á los españoles antes de matarlos.

No era posible dar aviso á la cercana población porque sin duda debió de ser atacada al mismo tiempo ; por consiguiente, Arce sólo pensó en salvar su vida ; bajó hasta el río Magdalena, lo atravesó á nado, consiguió al otro lado del río un barquichuelo ; subió el río, y como era baquiano logró en pocos días llegar á Timaná, de donde despacharon un posta á la gobernación de Popayán á dar

aviso y á pedir socorro en favor de los que hubiesen podido salvarse detrás del palenque de San Vicente de Páez, ya que los de la mina habían sucumbido.

Entre tanto dos mil valientes pijaos atacaron á esa incipiente población. Afortunadamente allí no vivían descuidados, y además una fuerte palizada y un fuerte de piedra y de troncos de árbol se levantaba en el centro del rancho. No bien los españoles sintieron la aproximación de los guerreros pijaos cuando los habitantes despertaron y lograron hacer entrar á las mujeres y á los niños en el fuerte en donde tenían grande acopio de comestibles. Los hombres—no había sino treinta españoles en estado de tomar las armas—defendieron el mayor tiempo posible el palenque que resguardaba el caserío, pero al fin tuvieron que encerrarse también en el fuerte. En éste permanecieron los cuarenta y siete días que duró el sitio, defendiéndose lo mejor que pudieron de los ataques de los bárbaros.

Como no tenían agua en el fuerte ni en el caserío, salían á recogerla con mil riesgos, y en estas salidas solían morir algunos de los sitiados. Cuando ya habían perdido la esperanza de salvación, llegaron algunos compatriotas que espantaron á los indígenas, los cuales desaparecieron de la noche á la mañana.

De esta manera quedó concluida la expedición de Domingo Lozano. Su deseo de enriquecerse, y la confianza en el miedo que pensó haber infundido á los indígenas, lo llevó á su pérdida, junto con sus desgraciados subalternos.

Los pocos españoles que lograron escapar con sus familias regresaron á Ibagué alicaídos y completamente arruinados.

Pero si los indígenas defendían su independencia con indómita pujanza, los españoles emprendedores no se dieron por vencidos. Después de la ruina total de la villa y de la mina de oro de San Vicente de Páez, dos ó tres Capita-

nes esforzados trataron de penetrar en las montañas de los pijaos, pero sin obtener ventaja ninguna.

En otra ocasión veremos cómo concluyeron las guerras con los pijaos.

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

(Continúa)

Sobre enseñanza de Historia

El señor Ministro de Instrucción Pública dictó una consoladora resolución sobre opción de cátedras, entre ellas la de historia universal. Sea pues, lo primero, dar los parabienes al joven ministro por esta especie de *licentia docendi* con que ha querido levantar el nivel del profesorado, haciendo que los altos puestos de la Universidad no sean una mera gracia, sino galardón al mérito y al amor á la enseñanza.

Alta responsabilidad se echa encima el profesor de historia universal, para cuyo cabal desempeño se necesitan grande ilustración y muy elevado criterio; y la dificultad en este desempeño sube de punto si se atiende á que esta cátedra, como asignatura de enseñanza secundaria y superior, es relativamente nueva. Apenas tuvo comienzos en el Colegio de Francia, instituído para marcar nuevos rumbos á las ciencias modernas y oponerse á los rutinarios métodos de la Sorbona. Pero con todo, en este brillante instituto, que tantos ilustres sabios ha producido, la cátedra de historia no estuvo exenta del apocado espíritu que á veces ha informado ese colegio.

Fue después del segundo Imperio cuando la asignatura de historia tomó grandes proporciones en Francia, que es el canal casi único por donde recibimos las ideas. Algunos jóvenes franceses habían viajado por Alemania, y sorprendidos de la enorme altura á que en ese país habían llega-